



Revista Mensual de Orientación y Cultura dirigida por los PP. Jesuitas de C. A.

Año XXII

Centro América, Agosto de 1967.

Número 229

Orientación.

Una Parroquia de Panamá Organizada a Base Laical

La experiencia de San Miguelito.

Pbro. Francisco Bravo.

No sólo la escasez de sacerdotes, sino la conveniencia de que los fieles vivan más intensamente el espíritu comunitario cristiano, ha llevado a un grupo de sacerdotes de Norte América a organizar un movimiento de apostolado de estructura muy sencilla, como instrumento para crear en el popular barrio panameño de San Miguelito un sentido de colaboración cristiana e implantar allí una nueva forma de organización parroquial, con excelentes resultados. En este artículo del Pbro. ecuatoriano Francisco Bravo —aparecido en "America" (8 Abr. 67), se da cuenta de esta singular experiencia.

Aunque no todos los que lo lean se mostrarán conformes con algunas de sus observaciones, ni acaso con la consecuencia a la que parece llegar el autor de este escrito, sobre la menor necesidad de sacerdotes en Latinoamérica, creemos que el conocimiento de esta realización pastoral de moderna factura, interesará a nuestros lectores, e incluso podrá suscitar en otras partes ensayos semejantes.

San Miguelito es una sección de unas 20 millas cuadradas, situada al Este de la ciudad de Panamá, con unas 45.000 personas, en su mayoría llegadas poco ha del interior del país. Hasta hace poco se incluía entre los distritos más abandonados, lleno de barracas de madera con cubiertas de lata, que apenas ofrecían protección alguna contra el calor o la lluvia. Ni urbanización, ni luz, ni agua, ni protección de la policía, ni seguridad de no ser deshauciados.

Hace unos seis años que el Gobierno decidió mejorar este barrio, comenzando por llevar a cabo un plan de viviendas baratas con pagos a largo plazo, realizado por el "Instituto de Vivienda y Urbanización" en colaboración con el

"Banco Interamericano de Desarrollo". Hoy hay ya cientos de casas construidas y a medida que otras modestas pero lindas casitas se van levantando, los antiguos límites del barrio se van agrandando y extendiendo por los valles y colinas del distrito. Hasta en los otros barrios limítrofes que aún no han sido mejorados, la gente se muestra esperanzada de que también ellos podrán un día salir de su situación actual.

En esta elevación ha influido notablemente el experimento pastoral de San Miguelito, iniciado en Marzo de 1963, cuando tres sacerdotes americanos de la Diócesis de Chicago lanzaron un proyecto ambicioso: crear una parroquia modelo. A ellos se añadieron con posterioridad

otros sacerdotes y las Hermanas de Maryknoll. Este plan piloto serviría de pauta a otros grupos de americanos y al clero panameño, deseoso de iniciar una renovación pastoral. Sobre todo se trataba de crear un espíritu comunitario.

Se buscó el establecer conjuntos de barrio al modo de auténticas familias, que agruparan a estas gentes distanciadas entre sí por su situación de inseguridad. Había que formar una Familia de Dios. Para ello se mezclaron los misioneros entre estos elementos, buscando "liberar la Palabra de Dios", encadenada en sus corazones por mil circunstancias externas y por problemas internos. La Palabra de Dios proclamada, celebrada y vivida de casa en casa, de barrio en barrio, nunca individualmente, siempre en grupos— tal ha sido el medio principal de crear esta comunidad. Resultado: que la comunidad cristiana de San Miguelito, con un total de tres a cuatro mil adultos, constituye hoy uno de los fenómenos más significativos de esta renovación pastoral de Latino América. Esto explica el que sea constantemente visitada por sacerdotes católicos, pastores protestantes, teólogos, sociólogos y hasta por incrédulos.

En este artículo nos vamos a limitar a exponer los aspectos más significativos de esta experiencia: el movimiento apostólico de los laicos. Veremos cómo se ha desarrollado y cómo sencillos obreros, sin ninguna clase de formación, se han convertido en verdaderos "sacerdotes existenciales", para su comunidad.

Primer paso: desfeminizar la Iglesia.

Según estos misioneros, su descubrimiento (que ellos lo generalizan y hacen extensivo a toda Latino América) fué que el catolicismo de estas gentes eran una religión de mujeres y niños. Prescindieron de meterse en complicadas teorías y centraron su actividad en los hombres. Se lanzaron a desfeminizar la imagen de la Iglesia, o más exactamente a masculinizarla, una operación ciertamente desusada en Latino América.

Un gran número de hombres pertenecía ya a comités civiles organizados para exponer sus legítimas demandas ante los poderes públicos. Había por lo menos 15 de estos grupos de choque. Muchos buscaban ante todo su interés personal y no había unión entre ellos. Poco a poco consiguieron los misioneros juntarlos en un solo grupo, los Hombres Cristianos de San Miguelito. Ello dió mayor eficacia a sus gestiones; consiguieron, por ejemplo, más escuelas para el distrito. Pero les faltaban ideales para continuar unidos y la asociación se deshizo rápidamente.

Como los misioneros comprendieron que era necesaria una formación previa de estas gentes, intentaron otro recurso: promovieron grupos de discusión entre ellos, primero en la casa parroquial, luego en cada barrio. Sacerdotes y laicos

examinaban juntos los problemas de la comunidad a la luz de la Palabra de Dios. La manera de hablar, franca y acogedora de éstos, les ganó el corazón; no habían conocido sacerdotes así hasta entonces.² Dos o tres meses de intensa actividad comenzó a despertar la conciencia comunitaria en unos cuantos miembros de la parroquia.

La primera misión se dió en esta creciente atmósfera de "toma de conciencia". Se trataba de algo muy diferente a la misión tradicional. No se comenzó por un movimiento de masas sino por la proclamación de la Palabra de Dios, para los que ya habían tenido algún contacto con ella en los grupos de discusión; asistieron sólo unos 700. En segundo lugar: el predicador de esta misión era un laico, un portorriqueño que había trabajado durante varios años en este tipo de evangelización, primero en su tierra y posteriormente con otros grupos de latinoamericanos de Chicago. La excelencia de este misionero laico fue una revelación para los feligreses de San Miguelito. Muchos de ellos decían, como San Agustín: "Si él puede hacerlo, ¿por qué no yo?". Otros, sobre todo jóvenes, preguntaban a los misioneros si ellos podrían también predicar un día como Jesús Rodríguez. Este hombre, sencillo y abnegado, casado y padre de cuatro hijos, resultó para ellos un ideal y un llamado. Su ejemplo despertó las primeras vocaciones apostólicas entre sus oyentes.

La misión tuvo el efecto de reunir 25 hombres entusiastas, movidos especialmente por el ejemplo del predicador laico. Se comenzó para ellos un curso intensivo de Cristiandad: cinco discusiones semanales por unos tres meses. Estos 25 fueron los primeros apóstoles laicos de San Miguelito.

El segundo paso: cristianizar la familia.

Durante los siete primeros meses de la experiencia San Miguelito, los misioneros atendieron tan sólo a hombres. Poco a poco, sin embargo, comenzaron a ver la necesidad de un cambio de dirección. Era absurdo y peligroso el evangelizar a los hombres fuera de su ambiente natural, la familia. Además se hizo pronto evidente que la ausencia de un sentido cristiano de la familia era el problema más agudo de San Miguelito. Los mismos laicos fueron los primeros en señalar este hecho, a medida que con el desarrollo de la "concienciación" iban adquiriendo un conocimiento mayor de sus propios problemas.

Esto llevó a lo que hoy se conoce con el nombre de "cursos de la Familia de Dios", una serie de reuniones abiertas para dar a maridos y mujeres un estilo de vida cristiana. Antes de comenzar en uno de los barrios, sacerdotes y líderes laicos visitaron a cada una de las familias varias veces, invitándoles a participar en

una "discusión de los problemas de la parroquia". La gente pronto se acostumbró a ver grupos de dos, tres o cuatro sacerdotes y laicos que recorrían las calles y visitaban sus casas. Les hacía impresión el estilo de los sacerdotes —vestidos con pantalón negro y una sencilla camisa blanca— corteses, alegres y atentos a todo lo que ocurría en la vecindad.

Los cursos de la Familia de Dios se tenían en donde fuera posible: campos de juego, pórticos, con sencillez y sin ningún aparato externo. A las 8, después del trabajo, se reunían las doce o quince familias invitadas previamente: peones, buseros, empleadas, obreros de la construcción, lavaderos, etc. El director de la discusión lo hacía sin tablado ni sitio prominente, sentado codo con codo entre los demás, fuera sacerdote o laico, y previa la creación de una atmósfera de camaradería, comenzaba la discusión con una serie de preguntas, tomadas de la experiencia de cada cual, con una constante participación de todos los presentes. Seguía, con todo, un plan concreto, un "catecismo" preparado por los misioneros, hermanos y laicos de la "Christian community of Latin Americans" de Chicago.

Estos cursos de la Familia de Dios han sufrido importantes modificaciones al correr del tiempo, adaptándose a las necesidades de San Miguelito. Hoy viene la gente con total confianza, persuadida de que en este diálogo íntimo y espontáneo cada cual es libre para contribuir con sus opiniones, preguntas y experiencias personales.

El poder de esta toma de conciencia o "concienciación" a nivel familiar es extraordinario. (La palabra "concienciación" debe entenderse en el sentido en el que Teilhard de Chardin y el filósofo brasileño Pablo Freire la usan). Los participantes se encuentran a sí mismos, descubren sus valores, sus faltas, su potencial humano. Poco a poco se van entregando a la Palabra de Dios, que descubren viva y presente en ellos y en el corazón de la comunidad. El curso de la Familia de Dios no es un monólogo de un predicador ante un pequeño grupo de oyentes silenciosos, sino una conversación familiar. No es un curso de instrucciones, sino un proceso que prepara a sus participantes a su entrega cristiana. En San Miguelito puede expresarse con una frase característica de Teilhard: "ser más, estar más unidos". La promesa de unión en Cristo para ser "más" es el resultado final de estas reuniones, las que se protraen durante tres o cuatro meses.

Innumerables grupos de esta clase se han formado en San Miguelito. Gracias a ellos, cientos de personas son sujetos, no sólo objetos, de una auténtica evangelización.

"Cursillos" de iniciación para los dirigentes.

Cada curso de la Familia de Dios va seguido ordinariamente de un "cursillo de iniciación". Treinta, cuarenta o cincuenta de los participantes de diversos cursos se reunen en el Instituto Pastoral de la parroquia, del Viernes por la tarde al Domingo por la tarde. Su fin es desarrollar más la concienciación iniciada en los cursillistas y llevarlos a una resolución explícita y solemne de vivir unidos en el nombre del Señor.

Consta el cursillo de dos elementos. Con una serie de conferencias, dadas en su mayor parte por dirigentes laicos, en las que se presenta el ideal cristiano en todos sus aspectos, alternan períodos de discusiones en reducidos grupos. El fin de semana viene caracterizado por una amistad verdadera y por una genuina alegría, la cual es sin género de duda uno de los medios más importantes para ayudar a los cursillistas a considerar a la Iglesia como una verdadera familia. También ayuda a que éstos se resuelvan a hacer una entrega personal a Cristo y a la comunidad, la "comunidad de Cristo". El valor de esta entrega se halla precisamente en esto: en vez de orientarse al pasado, a un Cristo histórico o a un Señor abstracto, se centra en Cristo resucitado presente y activo en la comunidad.

Aquí podemos situar lo que se entiende por "conversión". A la conclusión del curso de la Familia de Dios, ya habían experimentado sus participantes en cierto sentido una conversión. Pero ahora, al terminar el cursillo, pasan por un verdadero Exodus, muy semejante al del Pueblo de Israel. Dejando aparte su egoísmo, su esfuerzo aislado y su desesperanza, salen del cursillo unidos unos a otros en una verdadera amalgama con el Señor del Pueblo, única manifestación verdadera de Cristo resucitado.

Una de las más commovedoras señales de este Exodus es el testimonio que dan los cursillistas durante la celebración de la Eucaristía, al cerrarse el cursillo en la tarde del Domingo. Después de la lectura del Evangelio, y de ordinario en lugar de la homilía, hombres y mujeres que nunca habían hablado en público se levantan frente a la asamblea y hablan libremente de su experiencia personal. Sus declaraciones son variadas, pero todos están concordados en esto con los apóstoles: "Hemos visto al Señor".

El cursillo se prolonga con las actividades de la comunidad. Se añade una reunión general de los cursillistas cada mes, la "Ultrea" o celebración litúrgica centrada alrededor de la Eucaristía. Se les anima a que cada vez celebren algo especial: un bautismo colectivo, confirmaciones, matrimonio de varias parejas. Cada cual participa en estos actos como si fueran un acontecimiento de su propia vida y ello le sirve para adentrarse más y más en el sentido comunitario.

Unos cuantos comprometidos: los "hermanos".

Desde los primeros "cursillos", predicados por el líder laico Jesús Rodríguez, algunos de los hombres comenzaron a sentir el deseo de hacerse también predicadores de la Palabra. Proneto muchos de ellos dirigían cursos de la Familia de Dios. Para satisfacer este deseo se comenzó un curso de "profesores" de cursillos; poco después se predicaban cursillos en San Miguelito por solos laicos. Posteriormente se pidió hacer una selección de los mejores de este grupo de profesores; de esta selección salieron los "hermanos".

Los misioneros junto con los líderes laicos recorrieron la lista de los cursillistas más sobresalientes y eligieron un grupo de hombres que tendría gran importancia en el desenvolvimiento de la vida cristiana en la comunidad. El grupo llegó a 75, y el P. León Mahon, inspirador y líder de esta experiencia de San Miguelito, les animó a que se tomaran una semana de consideración y discusión de sus obligaciones, a saber: qué ejemplo daban con sus vidas, qué parte tomaban en la formación y organización de la comunidad, qué hacían para anunciar y extender más y más los cursos de la Familia de Dios.

A la semana siguiente 60 de ellos —esposos, líderes por naturaleza, hombres entusiastas— se comprometían con un deseo irresistible a hacer de San Miguelito un "pueblo luz", un signo visible de una Iglesia confesora y viva.

Así se puso en marcha el grupo de apóstoles laicos más unido y activo de Latino América. Estos apóstoles —actualmente son 105— han lanzado la revolución más prometedora en Latino América, una revolución que revuelve en espiral hacia la unión con el Centro de los Centros: Cristo.

Una semana se reúnen los líderes de los barrios en su propia vecindad, donde revisan los pasos dados y planean los futuros. La semana siguiente se dedica a la discusión en el Instituto Pastoral, dirigidos por uno de los misioneros, de ordinario el P. Mahon, y se profundiza en la inteligencia de las Escrituras, siempre por medio del diálogo. Paralelo al grupo de hermanos funciona uno de sus esposas, dirigido por las hermanas de Maryknoll. Algunas de ellas son profesoras en los cursillos y dan conferencias en los cursillos femeninos; otras son "auxiliares". Pero la mayoría se dedican a catequizar a los niños en las escuelas públicas o en sus diferentes barriadas.

El papel imprescindible del MFC.

El liderato a base de parejas de esposos es el que ha probado mayor eficacia: en vez de hombres o mujeres líderes, hoy hay parejas

líderes. Son el fruto del Christian Family Movement.

En Panamá el "Movimiento Familiar Cristiano" es extremadamente popular y eficaz. Desgraciadamente, aunque ha tenido un gran éxito entre las clases media y superior, no ha resultado entre los pobres, ni aquí ni en ningún otro país latinoamericano. La explicación que da el P. Mahon es la siguiente. El MFC se extiende en principio a base de diálogo. Pero el diálogo supone una cierta cultura que las clases pobres —y a veces otras no tan pobres— no poseen.

Ello no va con San Miguelito, donde hasta gentes muy poco cultas han resultado unos expertos en el diálogo. El MFC es, algo que les atrae particularmente. Discuten la Palabra de Dios sin ningún complejo de inferioridad y con total naturalidad, no sólo en las reuniones del MFC de su vecindad sino en las reuniones regionales del MFC y en otras reuniones sociales. Así los feligreses de San Miguelito han dado al MFC una infusión de nuevas orientaciones en las posibilidades de la Iglesia y un modo nuevo de acercarse a los más pobres.

Añádase a esto, como se hizo notar antes, que el MFC se ha apuntado otro mérito en la consolidación de la comunidad cristiana de San Miguelito: la evangelización por parejas, muchas de las cuales se han hecho responsables de la evangelización de este o aquel vecindario. Y lo que es más en el aspecto de su capacidad de liderato, algunas parejas han comenzado a tomar parte activa en la administración de la parroquia. He aquí lo que ha sucedido. Hace dos meses que el grupo parroquial, formado actualmente por seis sacerdotes, cuatro hermanas y dos laicos que trabajan full time, sintió la necesidad de descentralizarse. Cada sacerdote, en vez de vivir en la casa parroquial, asumió la responsabilidad de una de las cinco secciones en que se halla dividida la parroquia y vivir allí. El P. Mahon, que continuará en la sección central, ha creado un Consejo Parroquial con representantes de los diferentes sectores. Todos ellos —y esto es lo nuevo— son parejas líderes, elegidos no por el grupo de sacerdotes, hermanos y laicos, sino por la misma comunidad.

De ahora en adelante, cada una de las cinco subparroquias de San Miguelito será administrada igualmente y gobernada no por el clero solamente, sino por las parejas líderes que tienen voz y voto. Este es el último paso y la última señal de crecimiento de la dinámica comunidad cristiana de San Miguelito.

El próximo paso: los diáconos.

El próximo avance en la evolución de esta comunidad será sin duda la creación de diáconos seglares. No hay contradicción en juntar las palabras diácono y laico, si tenemos en cuenta

que el clérigo, histórica y jurídicamente, no era otra cosa que un "funcionario" de la institución eclesiástica, algo así como un empleado de un gobierno o institución. Y puesto que ambos elementos existen en la Iglesia, igualmente libres y carismáticos, como dice Rahner, no hay razón para que no puedan ser clérigos aquellos que no son ni sacerdotes ni diáconos, ni para que no haya diáconos que no sean clérigos. "Diakonía" o servicio, connota una relación con la comunidad eclesial, pero no necesariamente con la institución, que no es otra cosa que el aspecto externo de la comunidad eclesial. De aquí que los "diáconos laicos" puedan ser el próximo paso —ascensional y convergente— de la comunidad de San Miguelito.

Los diáconos serán elegidos entre los grupos actuales de hermanos. Puesto que todos son casados, los futuros diáconos de San Miguelito serán casados. Una vez ordenados, su función en servicio de la comunidad se derivará de una "potestas ordinis". Pero es claro que tal poder sobrevendrá tan sólo en segundo lugar, como una confirmación. Aun antes de recibir las órdenes, muchos de estos hermanos son ya diáconos existenciales. El "poder" que la jerarquía pueda concederles posteriormente no será sino la ratificación de algo que existe ya, no la creación de una nueva realidad.

De hecho, hace ya algunos meses se dieron ya en San Miguelito los pasos necesarios para la ordenación del primer diácono, Fidel González, un líder excepcional que ha participado en la formación de la comunidad desde sus comienzos y es actualmente coordinador de los directores laicos. Ya se ha hecho la petición al Arzobispo de Panamá y se espera que muy pronto Fidel González que es padre de tres hijos y cuya esposa es también líder, sea el primer diácono que sea ordenado.

La originalidad de San Miguelito consiste en su desarrollo pragmático, que no nació de teorías preparadas previamente sino de la acción. Evidentemente que los misioneros no comenzaron sin tener su plan previo. Comenzaron con la idea de que la Iglesia, por ejemplo, es una comunidad producida por la Palabra de Dios y debe manifestarse a sí misma como una comunidad. Pero para realizar esta idea los misioneros se persuadieron que habían de conocer primero la realidad del ambiente. De aquí que, antes de ponerse a enseñar, se hicieron discípulos. Aprendieron de estas gentes sencillas y humildes cómo se les debiera indoctrinar, si en el terreno del apostolado se puede hacer uso del verbo que Pablo Freire rechaza en su propio terreno de la educación. Las técnicas y modos de actuar, adoptados sobre la marcha, siguieron a este paso inicial. Y lo curioso es que, siguiendo sus métodos pastorales poco académicos, llegaron a las mismas conclusiones que

los grandes teólogos actuales.

Los misioneros no comenzaron, por ejemplo, enseñando la doctrina del sacerdote a sus fieles, que hubiera tenido poco significado en una gente tan ignorante en religión. En cambio, partiendo de las mismas raíces del pueblo, excitaron en ellos su sentido de solidaridad humana. "Debemos unirnos" les dijeron. Después vino su invitación, "debemos formar la mejor comunidad de Panamá" —invocando el concepto que los Hebreos expresaban con su palabra "am" (pueblo)— que suscitó un profundo sentido de responsabilidad en el pueblo de San Miguelito. Con tal espíritu se implantó el mensaje cristiano. Aparecieron los hombres con capacidad de liderato, hombres a los que la comunidad reconoció como sus verdaderos guías. Ante el urgente deseo de hacer algo por su pueblo, muchos desarrollaron energías que nunca creyeron poseer, energías mal dirigidas hasta entonces o sencillamente dormidas. Un gesto de reconocimiento de un vecino, una palabra de aprecio de uno de los misioneros, y más importante aún, la penetración progresiva en el mensaje cristiano, lanzaron a docenas de hombres al camino del liderato. De excepcional importancia para cada líder fue el apoyo que les dieron sus propias familias. Los ánimos que cada hombre recibe de su mujer, su bondad, su participación en los mismos ideales, he aquí los grandes estímulos.

Los líderes laicos tampoco han sido producto de ninguna teoría. Nunca se ha dado una lección de psicología del líder o un curso de formación de líderes. Estos han brotado como una expresión de la comunidad en una verdadera dialéctica de acción pastoral.

Sin líderes laicos no hay comunidad.

La experiencia de San Miguelito muestra la estrecha correlación que existe entre un líder laico y una comunidad. Así, cuando un barrio no se ha evangelizado aún —y muchos están por evangelizar— ello se debe, no a que los misioneros han abandonado su labor, sino porque a pesar de todos sus esfuerzos, el líder laico no ha surgido aún. En tanto que no se da el líder laico, el trabajo de evangelización continúa siendo tangencial, externo, dirigido desde fuera. En cambio, en el momento en que surge un líder laico, las cosas comienzan a cambiar. Es algo así como si un barrio, hasta ese momento como "una fuerza sin un centro" (para usar una frase teihardiana), encontrara un centro de convergencia y activación. El nacimiento de un líder laico basta para producir el nacimiento de una comunidad, y una vez que la comunidad nace a la vida no hay problema en suscitar muchos otros apóstoles. No hay vida cristiana sin una comunidad, y no hay comunidad sin líderes laicos. El sacerdote, por supuesto, es el inspira-

dor inicial y el polarizador de este proceso, pero es poco más que eso.

En Latinoamérica no hacen falta más sacerdotes: podríamos pasarnos aun con menos. Esta conclusión pudiera escandalizar a aquéllos que se lamentan de la escasez de sacerdotes, pero es una conclusión correcta. Lo que hay que multiplicar es los apóstoles laicos y los diáconos casados. Lo que hace falta son pocos, pero mejores, incomparablemente mejores sacerdotes, hombres de visión y celo excepcionales: hombres que sean verdaderos obispos existenciales, no en el sentido incompleto y en cierto modo antievangélico de funcionarios que vigilan el cumplimiento del derecho canónico, sino obispos en el sentido vital de inspiradores, "creadores de conciencias", profetas del pueblo elegido.

La escasez de sacerdotes continuará y aumentará. Pero no hay razón para dudar de que, entre los que queden, surgirán unos cuantos que serán sacerdotes auténticamente tales, grandes hombres y grandes cristianos, que sean capaces de desencadenar poderosos movimientos laicos similares o superiores al de San Miguelito. En este caso nos alegraríamos de la escasez de sacerdotes, porque ello nos permitiría (una vez que se renueve el episcopado) volver sobre la discusión de "sacerdote" y "sacerdocio" en todas sus dimensiones, y purificar el concepto que hoy prevalece en América Latina.

Hay aún otro punto original en el movimiento laico de San Miguelito. En vez de comenzar con una serie de "acciones católicas" —que como ha dicho el Abate Michonneau no son otra cosa que un cebo apostólico y pudieran añadir una distracción del trabajo principal de hacer avanzar el Reino—, los sacerdotes y apóstoles laicos de San Miguelito se dedicaron al servicio de la Palabra. Antes de dar "cosas", tenían que crear personas; porque, como dice Kierkegaard, hacerse cristiano no es otra cosa que hacerse hombre. Si los misioneros hubieran comenzado por construir escuelas católicas, asilos, talleres, etc., habrían repetido meramente el pecado de aquellas naciones que tratan de aliviar las necesidades de los países subdesarrollados enviándoles comida y vestidos, con lo que retrasan el desarrollo de esos mismos pueblos.

Lo que hace falta es cooperar a la formación de hombres como tales. Cuando los pueblos se forman, descubrimos que lo que los "misericordiosos" intentan hacer ya está hecho. Hoy existe una comunidad en San Miguelito que puede y debe cuidarse a sí misma. Muchos de sus miembros, principalmente los líderes laicos, han organizado o están organizando cooperativas, tiendas, escuelas profesionales. Aquí se da un verdadero ejemplo del texto evangélico: "Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura".

**Para Colegios, casas comunales, restaurantes, comedores,
donde se requiere equipo de cocina pesado, eficiente,
sencillas de operar, durables.**

Venga a



Convénzase pidiendo una demostración al

Teléfono 21-40-04, 21-40-06.

Tropical Gas Company, Inc.